



CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.
Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.
Edición de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerías en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.
Un año 160 rs... Seis meses, 80... Tres meses, 45... Un mes, 16.
Edición de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.
Un año 120 rs... Seis meses, 65... Tres meses, 35... Un mes, 12.
Edición sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.
Un año 80 rs... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Don Abelardo de Carlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.
Por un año, 12 pesos fuertes... Seis meses, 7 pesos fuertes.
EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.
Por un año, 15 ps. fs.
ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.
MADRID, Librería de Don C. Bailly-Baillière, plaza del Príncipe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Explicacion de la hoja de patrones que contiene: Bata para caballero.—Cuatro cófias para señora de edad.—Cogin de viage.—Chaqueta de cachemira blanca.—Trage de paseo y de viage para señoras y señoritas.—Espejo de alfilerera.—Vestido para niña de 8 á 10 años.—Ocho modelos para sombrillas.—Vestido para niño de 5 á 7 años.—Cinturon de cinta de reps negro.—Paletot de franela encarnada.—Paletot Breton.—Teatro indio.—Los vecinos de Darlingen, novela de Enrique Conscience.—Un colegio de señoritas en provincia.—Explicacion del figurin iluminado.

Chaqueta de cachemira blanca.

Figs. 16 á 18 (recto) del patron.

La guarnicion se compone de cintas de terciopelo negro que tengan 1 centimetro de ancho, con filetes ó trencilla amarilla y cuentas de ámbar, como

la fig. 18; se cosen las negas del pecho (despues de haber hilvanado la tela con el forro); se reunen espalda y delanteros, á punto atrás, juntando las cifras iguales, y dejando intacto uno de los lados del forro, que se rebate despues sobre la costura. Se pone la guarnicion, indicada en parte en el patron; se cose la manga desde 36 hasta 37, desde 38 hasta 39; se guarnece la manga, y se la cose en la sisa 39 sobre 39.

EXPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Bata para caballero.

Figs. 31 á 34 (verso) del patron.

Estas batas se hacen de cualquier tegido de verano ó de invierno, de paño chiné,—de moleton cachemira,—de franela,—de piqué, etc. Se ribetean con un galon de lana encarnada, ó azul, ó castaño, ó negro. Se corta la bata por la fig. 31, que representa su mitad,—dos pedazos por cada una de las figs. 32 y 33 (la 32 en tela puesta doble). Se prepara la manga por la fig. 34, teniendo en cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo. — Detrás del borde de delante de cada delantero se pone una tira de la misma tela, que tenga 8 cents. de ancho, la cual se va ensanchando gradualmente, de modo que tenga en el escote 19 cents.; se hacen los ojales, se ponen los botones, los bolsillos y las cartillas. Se fija el cuello juntando las cifras iguales. Se cose la manga, y se la coloca en la sisa 8 sobre 8.

Cuatro cófias para señora de edad.

Las explicaciones de estas cófias se encuentran en la hoja de patrones.

Cogin de viage.

La fig. 28 (recto) representa el patron y el dibujo de una de las presillas.

Este cogin tiene 50 cents. en todos sentidos; se rellena de crin, pero de modo que su parte media quede casi plana, los lados, por el contrario, bien rehenchidos. Cuando se quiere enrollar este cogin (véase el dibujo especial), esta parte media sirve como de charnela. Para conservar el cogin enrollado se hace uso de botones y de presillas de cordon; un cordon adornado con borlas va puesto en uno de sus lados. El interior se cubre de cachemira verde oscuro, el exterior de paño gris, recortado, atravesado por presillas de paño encarnado, recortadas todo al rededor y orladas á punto ruso con seda negra. La fig. 28 representa una de estas presillas.



BATA PARA CABALLERO.

Trage de paseo y de viage para señoras y señoritas.

Figs. 1 á 8 (recto) del patron.

Se hace de tegido de fantasía gris chiné; se compone el vestido de un zagalejo enteramente cortado á negas, de un trage cortado del mismo modo, pero 18 cents. mas corto que aquel; en fin, de un paletot recto. La guarnicion es de cinta de terciopelo negro que tenga 1 cent. de ancho con filetes blancos. El zagalejo es, como hemos dicho, de la misma tela que el trage; pero se puede reducir el gasto de este vestido haciendo el zagalejo de percalina gris, cubierta por abajo con una tira igual al trage, y que tenga 30 centímetros de ancho; esta tira se cortará sobre cada paño para que tenga una forma idéntica.

El zagalejo se cortará por el patron del trage, es decir, por las figs. 1 á 3; pero alargándolo por su borde inferior.

TRAGE.—Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 1 á 3, dejando de mas, en el borde de la fig. 1, la tela necesaria para un dobladillo de 3 centímetros, que debe hacerse en el delantero de la derecha y fijarse sobre el delantero opuesto con botones negros y blancos hasta la estrella de la fig. 4; desde aquí hasta el borde superior queda una abertura que se cierra con corchetes. Todos los demás pedazos se reunen juntando las cifras iguales. Debajo del borde inferior del trage se pone una tira de la misma tela, que tenga 8 cents. de ancho, cosida solamente por su borde superior. Para formar los dientes, se hacen en el borde inferior del trage las hendiduras indicadas en la fig. 3, luego se ribetean todos

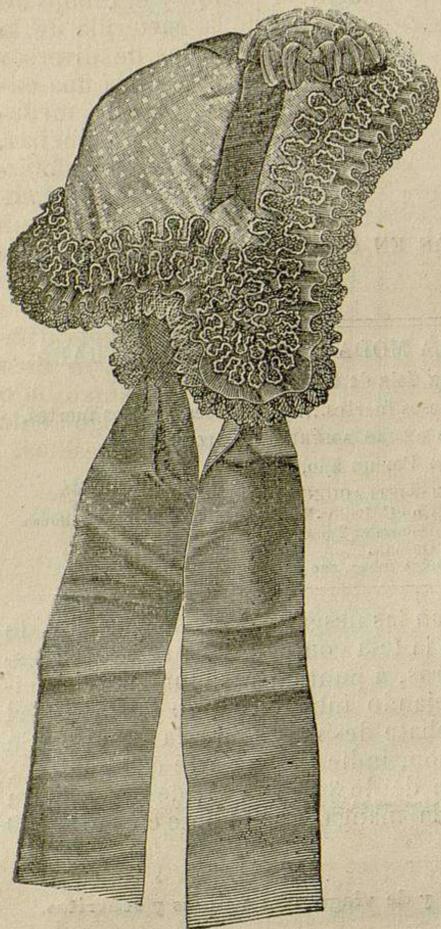
los contornos con una tira de tafetan negro de un cent. y medio de ancho. — Se pone en seguida la guarnicion tal como la indican el patron y el dibujo. Se arma el zagalejo entre las dos telas de una pretina doble, que se cierra por delante con corchetes.

seidas por fuera del terciopelo á intervalos iguales. Esta guarnicion se completa con guipur negro de 3 cents. de ancho. Se cortan en cachemira y marcelina ó fulard (forro) dos pedazos por la fig. 16; la espalda entera por la fig. 17, que representa su mitad; la manga por

los contornos con una tira de tafetan negro de un cent. y medio de ancho. — Se pone en seguida la guarnicion tal como la indican el patron y el dibujo. Se arma el zagalejo entre las dos telas de una pretina doble, que se cierra por delante con corchetes.

Acompaña á este número el patron n.º 8 de 1867, cuyos dibujos y explicacion van insertos en el mismo.

PALETOT.—Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 4 y 8; la espalda y el cuello enteros por las figs. 5 y 6, que representan su mitad; las 2 mangas por la fig. 7, teniendo en cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo. Se reunen espalda y delanteros juntando las cifras iguales; se orla el contorno del paletot por dentro (excepto el escote) con una tira de la misma tela que tenga 7 cents. de ancho; se hacen los ojales y se ponen los botones; todo ello se orla con una tira de tafetan negro, y luego se pone la guarnicion. El cuello se ha cortado doble y se ha guarnecido; luego se le coloca en el escote juntando los signos iguales, y cosiendo al mismo tiempo las dos tiras sueltas forradas de gasa rígida que de allí penden. Cada una de estas tiene 71 cents. de largo, por 5 y medio de ancho en su borde ó extremo superior, y 10 en el inferior, donde se cortan formando triángulo. Las dos mitades de la manga se cosen desde 13 hasta



CÓPIA CON CINTAS PAJA PARA SEÑORA DE EDAD.

ta en carton y terciopelo la cara posterior entera del espejo por la fig. 27, que representa su mitad; luego se corta, siempre por la fig. 27, en carton y terciopelo el marco, es decir, la parte exterior, limitada por una línea fina; en fin, la parte central de este patron para la tapa, dejando de mas todo al rededor el terciopelo necesario para la costura. Se ejecuta el bordado con torzal de seda maiz ó negro; se pega el terciopelo sobre el carton en los sitios correspondientes, y todo ello se reune sobre el contorno exterior por medio de algunos puntos. En la cara interior de la tapa se pega papel glaseado negro ó blanco, y luego se ata esta al espejo con un cordón de seda.

Vestido para niña de 8 á 10 años.

Figuras 9 á 15 (recto) del patron.

El zagalejo es de cachemira encarnada; el traje y el paletot de popelina gris, con guarnicion compuesta de una cinta de terciopelo negro de 2 cents. de ancho; en el medio del escote, por detrás, se encuentran dos cintas de terciopelo, cada una de 16 cents. de largo, y otras dos semejantes, cada una de 54 cents.; estas 4 cintas se fijan en el escote por un boton de azabache, y terminan en un fleco de lo mismo. El lado derecho del traje cruza por delante sobre el izquierdo en un espacio de 1 cent. y medio; lleva botones gruesos de azabache, separados por una distancia de 3 cents.

Trage cortado á nesgas.—Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 9 á 11; el paño de detrás entero por la fig. 12, que representa su mitad. Debajo del borde anterior de cada paño de delante se pone una tira de forro que tenga tres cents. de ancho; se reunen los dos paños cosiendo en ellos los botones; pero dejando en el borde superior una abertura de 3 cents. Se reunen todos los pedazos juntando los signos iguales; se redoblan hácia el derecho los contornos del traje; que se cubren con la cinta de terciopelo; se



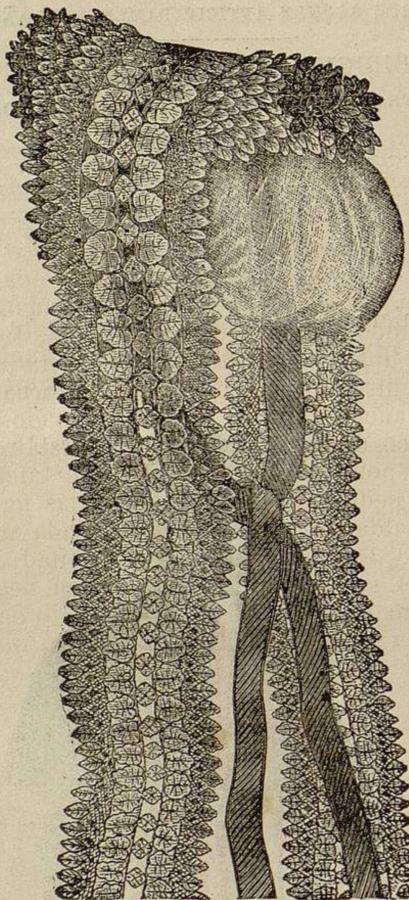
CÓPIA DE TUL PARA SEÑORA DE EDAD.

14, desde 15 hasta 16. Se cose esta en la sisa 16 sobre 16. Esta costura va cubierta por la hombrera (fig. 8) preparada en tela y forro de gasa rígida, y que se coloca sobre la manga juntando las cifras iguales.

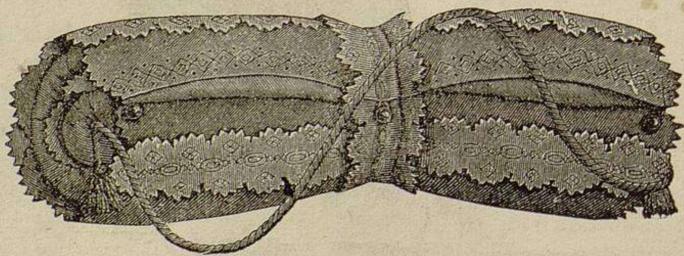
Espejo de faltriquera.

La fig. 27 (recto) representa el patron y el dibujo de bordado este espejo.

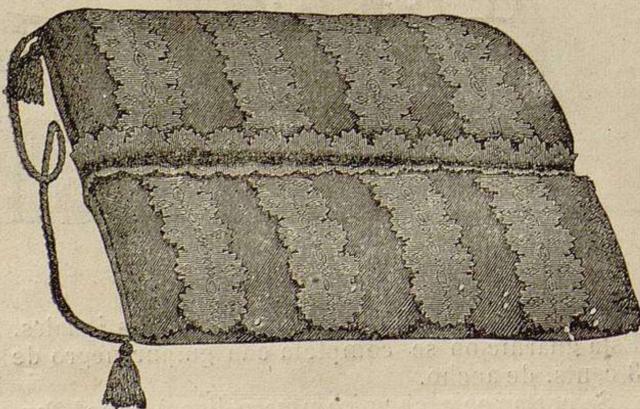
El espejo, que es redondo, lleva un marco cubierto de terciopelo de color castaño bordado, y lleva su correspondiente tapa. Se corta



CÓPIA ADORNADA CON PENSAMIENTOS PARA SEÑORA DE EDAD.



COGIN DE VIAGE ENROLLADO.



COGIN DE VIAGE.

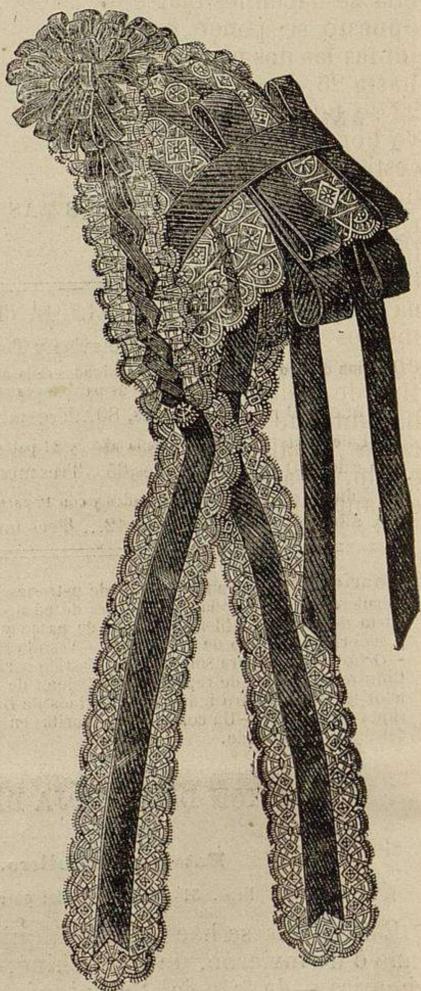
hacen algunos pliegues por detrás poniendo cada cruz sobre un punto; el zagalejo se corta como el traje, pero 15 cents. mas largo. Se arman el zagalejo y el traje entre las dos telas de una pretina doble.

Paletot.—Es de popelina y se forra de fulard encarnado; puede tambien suprimirse el forro. — Se corta el paletot por las figs. 13 á 15; se reunen todos los pedazos juntando los signos iguales; los contornos se redoblan y se guarnecen, como los del traje, con cinta de terciopelo. La parte superior de la sisa se guarnece con la misma cinta cortada en punta por cada extremo. El escote se orla con una tira de la misma tela que el paletot, cortada al sesgo, de 1 centímetro de ancho.

SOMBRILLAS.

Figs. 19 á 24 (recto) del patron.

Entre las nuevas sombrillas, señalaremos las que



CÓPIA GUARNECIDA DE CINTA AZUL PARA SEÑORA DE EDAD.

están hechas de telas de dos colores diferentes, las que se adornan con una sola escarpela de cabos largos, y en fin las bordadas de cuentas.

N.º 1.—Sombrilla de tafetan azul con los contornos á puntas, orlada de tafetan blanco y con bordados de cuentas blancas opacas. La fig. 19 representa 2 de estas puntas; la forma general es la de la fig. 22; forro de marcelina blanca; en el contorno un guipur blanco de medio centímetro de ancho; mango de marfil.

N.º 2.—Sombrilla de tafetan lila, bordada toda de cuentas. Uno de los cascos tiene por todo adorno un dibujo que se encontrará en la fig. 24; forro blanco de seda; mango de nácar.

N.ºs 3 y 4.—Sombrillas de tafetan negro. La número 4, bordada de cuentas de cristal y seda blanca, á punto ruso. La número 3 adornada con una escarpela hecha de cinta de moer negra de dos cents. de ancho. Esta escarpela cubre la costura de 2 bucleillos con cabos de la misma cinta que llevan cascabelillos de cuentas; forro blanco de seda; por debajo del contorno un rizado de cinta raso blanco, que excede de la sombrilla; mango tallado de madera negra.

N.º 5.—Sombrilla de tafetan blanco y tafetan azul. La parte superior (tafetan azul) está cortada por la fig. 19, luego bordada con cuentas blancas y orlada por un fleco de las mismas cuentas; forro blanco de seda; mango de marfil.

N.º 6.—Sombrilla *marquesa*, de tafetan gris; forro blanco de seda; cada casco va adornado con una orla de redecilla hecha de cuentas de azabache, y guarnecida de cascabelillos. En el vértice de la sombrilla se ven bucleillos y cabos de cinta de moer gris de 2 cents. de ancho, bordada con gruesas cuentas redondas; mango de marfil.

N.º 7.—Sombrilla de tafetan negro y tafetan violeta. La parte superior (tafetan violeta) se corta por la fig. 20, luego se borda con cuentas negras. Los contornos de esta parte superior llevan por orla cuentas pequeñas negras separadas por otras cuentas mayores; las puntas que se fijan sobre la tela negra que está debajo van guarnecidas con un fleco de cuentas que cubre la parte inferior de la sombrilla; forro de marcelina negra; mango de madera negra tallado.

N.º 8.—Sombrilla de tafetan gris, bordada de cordón negro y blanco (véase la fig. 23). — Forro blanco de seda; mango de marfil.

Vestido para niño de 5 á 7 años.

Figs. 40 á 48 (verso) del patron.

Este vestido, hecho de tela gris jaspeada de negro, se compone de pantalon y chaqueta; está orlado con galones negros de lana de dos anchos diferentes, los cuales figuran sobre la chaqueta un cuello y unas vueltas en las mangas.

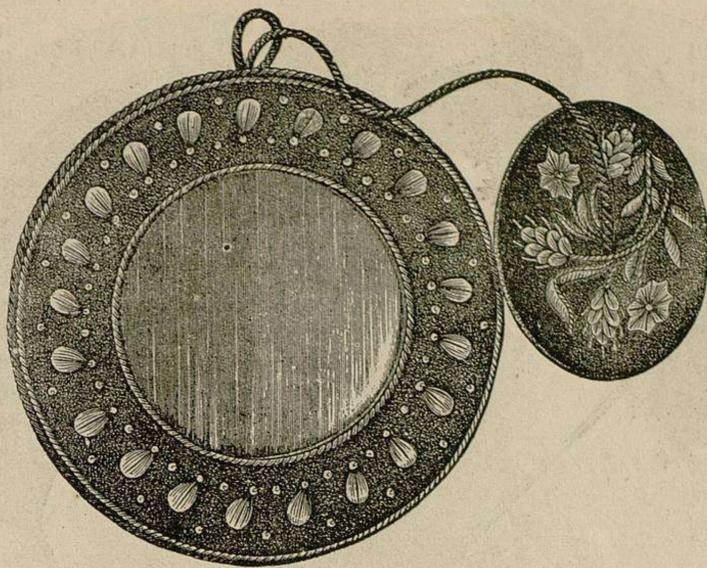
Pantalon.—Se cortan dos pedazos por cada una de las figuras 40, 41, 43 y 44; en las figs. 40 y 41 se deja de mas, por abajo, la tela necesaria para un dobladillo de 3 cents. Las figs. 43 y 44 se cortan sin forro. Se cosen juntas la mitad de delante y la de detras, desde 19 hasta 20, desde 21 hasta 22, desde 23 hasta 24; en esta última costura las ensanchas se cruzan en un espacio de 1 centímetro y por consiguiente, el galon de la mitad de delante se cose antes de hacer esta costura. Se hace el dobladillo inferior; se pone en la pierna izquierda del pantalon (véase la fig. 40) la carterilla cortada por la fig. 42 en tela doble; en ella se hacen los ojales indicados, y en el lado opuesto se ponen los botones, luego se cosen juntas las dos piernas desde 19 hasta 26, y desde 19 hasta 25. En la abertura que queda desde 22 hasta 23 se pone una faltriquera hecha de percaliua, cuyo borde superior se cubre con tela igual á la del vestido. Debajo del borde superior del pantalon se pone una tira de percalina de 18 centímetros de ancho;—se fija la tira de la hebilla juntando las cifras iguales, en fin, se arma el pantalon so-



TRAGE DE PASEO Y DE VIAGE PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS.

bre la pretina guarnecida de botones y en su parte derecha se hace un ojal para el que se pone un boton en la parte interior del pantalon.

Chaqueta.—Se cortan dos pedazos por cada una de las figs, 45, 46 y 47, —4 pedazos para las mangas por la fig. 48, teniendo en cuenta la diferencia de los contornos para la mitad de debajo. Por debajo del borde anterior de cada delantero se pone una tira de la misma tela que la chaqueta, que tenga 3 centímetros de ancho; se hacen los ojales, se cosen los botones, se ejecuta la abertura desde 35 hasta 36, y en ella se pone la faltriquera y su carterilla; esta, despues de orlada, se cose desde 35 hasta 36 sobre el borde inferior de la abertura; se la fija además encima, cruz y punto sobre las mismas líneas, de modo que se doble sobre la línea de puntos y cubra la abertura. — Se reunen las dos mitades de la espalda en el medio por detrás, y luego todos los pedazos juntando las cifras iguales; los dos delanteros se fijan desde 32, por ámbos lados, cruz sobre punto; del mismo modo se reunen el lado izquierdo de la espalda con el derecho. — Se cose la manga desde 37 hasta 38, desde 39 hasta 40; se forma un pliegue en cada lado de debajo poniendo la cruz sobre el punto; se cose la marga en



ESPEJO DE FALTRIQUERA.

la sisa, 40 sobre 40, quedando así concluido este elegante vestido.

Cinturon de cinta de reps negro.

Figuras 25 y 26 (recto) del patron.

Se corta por las figs. 25 y 26; las putnas se orlan con una cinta estrecha de tafetan negro; el bordado se hace con cañutillos negros de azabache largos y cortos, y chapas de azabache; —en cada punta va un cascabelillo. La abertura del cinturon se cubre con una escarapela hecha de reps, adornado en su centro con un boton de pasamaneria; las hojas de esta escarapela se bordan con cañutillos de azabache, y en cada punto de ellas se coloca una cuenta.

Paletot de franela encarnada.

Figs. 35 á 39 (verso) del patron.

Este paletot, que puede tambien hacerse de tela igual á la del traje, constituye además una buena bata, cuando se lleva con un zagalejo igual.

Nuestro modelo, de franela encarnada, tiene por guarnicion una tira de tafetan negro cortada al sesgo, de 3 cents. y medio de ancho, adornada con trencilla blanca figurando ojales terminados por un boton blanco de nácar. Esta trencilla está redoblada y fijada por el revés de la tira de tafetan. Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 35 y 38,—la espalda y el cuello enteros, cada uno por las figs. 36 y 37, que representan su mitad. El cuello (fig. 37) se corta doble en tafetan negro; se prepara la manga por la fig. 39, teniendo en cuenta la diferencia de los contornos para su mitad de



TRAGE PARA NIÑA DE 8 A 10 AÑOS.

debajo. Se reunen los pedazos juntando las cifras iguales; se orla el paletot con la guarnicion arriba indicada; se fija el cuello en el escote, despues de haberlo adornado con la trencilla blanca y los botones. Las carterillas de las faltriqueras, adornadas del mismo modo, se fijan en ámbos delanteros juntando las cifras iguales. Se cose la manga desde 15 hasta 16, desde 17 hasta 18; se guarnece su borde inferior, se hace un pliegue en el borde superior, poniendo la cruz sobre el punto; se cose la manga en la sisa 18 sobre 18.

Paletot Breton.

Figs. 56 y 57 (verso) del patron.

Está hecho de paño blanco con arreglo al patron del paletot de franela encarnada; las figuras 56 y 57 representan el patron y el dibujo de las presillas del hombro y de la carterilla de la faltriquera; se las borda con sedas de diversos colores vivos, luego se las forra de franela fina encarnada. Los botones de metal representan medallas pequeñas,

en el lado izquierdo se encuentra una faltriquera cuadrada, con una figurita bordada al pasado, ó bien con un dibujo análogo al de las presillas.



TRAGE DE PASEO Y DE VIAGE PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS.

TEATRO INDIO.

EL HÉROE Y LA NINFA, DRAMA DE KALIDASA.

Para dar á las lectoras de LA MODA una idea práctica del teatro indio, vamos hoy á hacer un análisis ligero pero exacto del drama titulado *Vickrama y Urvashi* ó *el héroe y la ninfa*, drama que figura en ese teatro en primera línea. Esta obra, debida al gran poeta Kalidasa, es de las mas antiguas de su género en la rica literatura indiana, pues se remonta hasta el siglo inmediatamente anterior al principio de nuestra era, y en ella brillan de un modo notable las distinguidas cualidades de su autor, haciéndose digna de mención y de elogio por la bella simplicidad de su fábula, la naturalidad de su estilo y la delicadeza de los sentimientos de sus personajes.

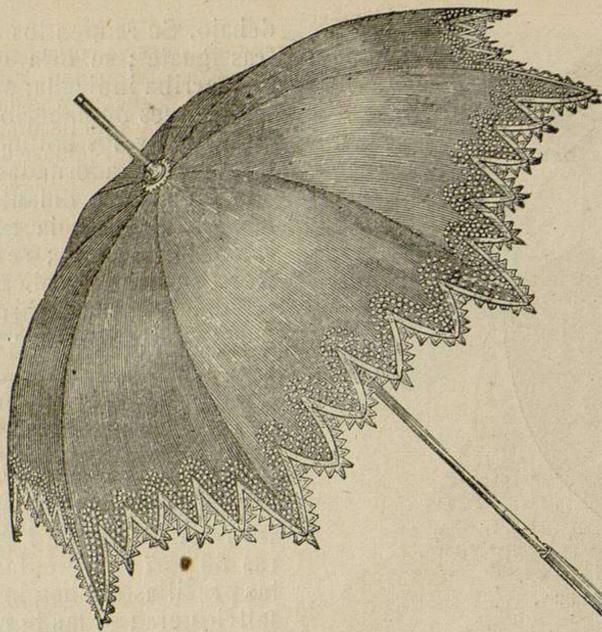
Kalidasa ofrece (en efecto) en todas sus producciones ese buen gusto, ese tacto y esa sobriedad propias de los escritores pertenecientes á períodos literarios en que el arte, la forma y el lenguaje llegan á su completa sazón y á una madurez todavía fresca y juvenil, tras de la cual comienzan en breve el rebuscamiento, el amaneramiento, los artificios y en una palabra, la pérdida de la pureza y de la sencillez.

Así vemos en el teatro griego despues del génio rudo y vigoroso de Esquilo aparecer á Sófocles que, exento de la aspereza de su antecesor, logra una perfecta naturalidad y una encantadora elegancia sin inclinarse aun hácia las retóricas declamaciones de Esquilo, es decir, deteniéndose en un punto medio y en un terreno dichoso, antes del cual la dura robustez primitiva no se pres-

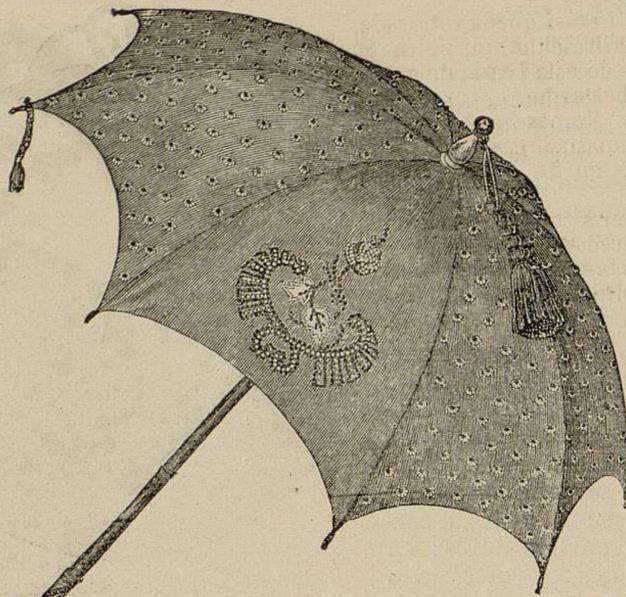
ta todavía á la gracia y á la flexibilidad y tras el cual se incurre ya en delicadezas demasiado minuciosas, en análisis áridos y en afectaciones ridículas.

Pues bien, Kalidasa reúne á la par la fuerza de concepción y la hermosa y espontánea frescura propias de un juvenil desenvolvimiento artístico, sin caer aun en el estilo declamatorio y sermoneador, en las incesantes y fatigosas descripciones, en la profusión de sentencias y en otros rasgos semejantes con que Bhavabuti, á pesar de su indudable genio, inició la decadencia de la literatura dramática de la India.

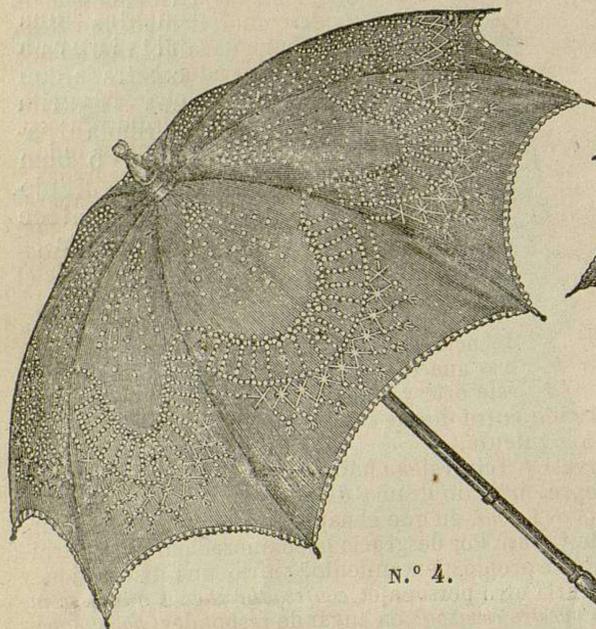
El drama *El héroe y la ninfa* que vamos á examinar no es, sin embargo, su mejor obra, pues tal título pertenece por incontestable derecho al Sakountala, pero el ser ya esta joya dramática bastante conocida en Europa, merced á los trabajos de va-



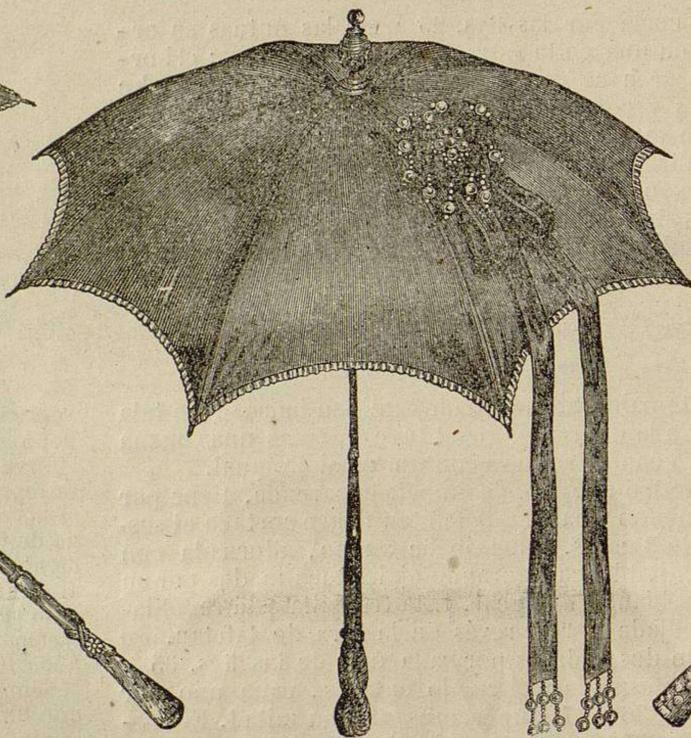
N.º 1.



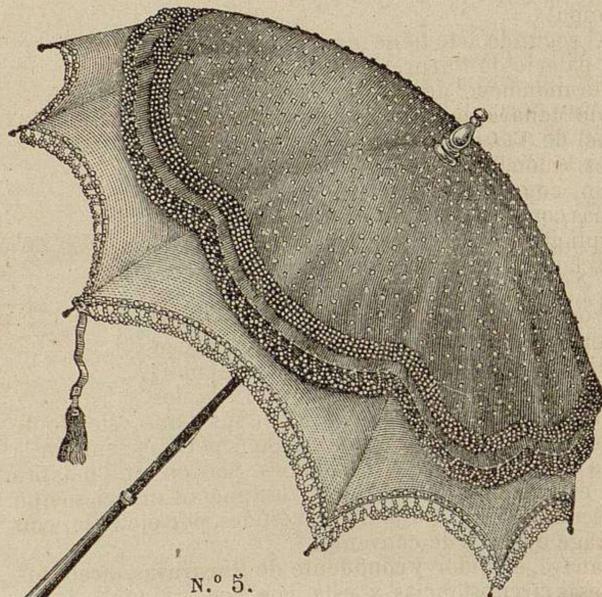
N.º 2.



N.º 4.



N.º 3.



N.º 5.

rios escritores, nos mueve á dar la preferencia á la producción que hemos escogido y que, por otra parte, no desmerece en nada del nombre de su autor.

Vickrama y Urvasi ofrece, efectivamente, un argumento sencillo presentado, conducido y terminado con naturalidad, y en él se respira esa atmósfera de suavidad, de dulzura, de amor y de gracia que constituye el principal y mas irresistible atractivo de las obras del gran poeta.

El drama comienza con un breve prólogo, y este á su vez empieza por una estrofa de bendición, en que el autor pide al Dios Siva protección y benevolencia para la asamblea. Inmediatamente después tiene lugar un corto diálogo entre el director de escena y una actriz, diálogo en que se anuncia la obra que se vá á representar y que es interrumpido por voces lejanas que resuenan detrás del teatro, pidiendo socorro. El director las oye y se sorprende de ellas, pero por fin las reconoce y concluye por anunciar al público que provienen de una turba de Apsaras ó ninfas del cielo, las cuales se lamentan de la pérdida de una de sus hermanas, la bellísima Urvasi, robada por el genio del mal, llamado Kesi, al volver todas juntas, alegres y contentas, de una reunión de dioses celebrada en el palacio de Kouvera.

Dicho esto retirase el director, concluye el prólogo y empieza verdaderamente el drama.

El teatro representa una parte de la cordillera del Himalaya, y aparece en los aires el grupo de las Apsaras, que siguen pidiendo auxilio y descienden sobre una de las rocas de las montañas. A sus lamentos acude entonces Pururavas, rey de Prasthana, perteneciente á la di-

nastía lunar de la India, el cual viene conducido sobre un carro celeste por su escudero y pregunta á las afligidas doncellas la causa de su dolor. Refiérenselas ellas, ofrece él acto continuo rescatar á la hermosa prisionera y corre en seguida con ímpetu á cumplir su promesa, mientras las Apsaras se quedan aguardando el resultado de la expedición.

Poco tarda, en efecto, en volver Pururavas, triunfante de su empresa, trayendo á Urvasi desmayada y sostenida por otra ninfa, compañera y amiga preferida suya, llamada Tchitralekha. El carro aéreo en que conduce el rey á las dos interesantes Apsaras, viene, sin embargo, con la suficiente lentitud para que antes de llegar al sitio donde aguardan las compañeras de ambas tenga lugar un breve diálogo entre Urvasi, que vuelve de su desmayo. Tchitralekha

y Pururavas, diálogo en que una frase de inocente malicia pronunciada aparte por la primera, indica ya al espectador el secreto del amor que nace en el pecho de la amable ninfa hácia su libertador, también por su parte arrebatado de admiración ante la gracia y los encantos de su protejida.

Apenas descendiendo el carro sobre el Himalaya corren Urvasi y Tchitralekha á precipitarse en los brazos de sus hermanas, que las reciben llenas de gozo, y Pururavas contempla conmovido aquel delicioso cuadro. Al mismo tiempo su escudero anuncia un gran ruido de nuevos carros que acuden del Oriente y en el gefe que conducen reconocen todas las ninfas á Tchitrasena, rey de los Gandharvas (músicos celestes) que aparece fastuosamente vestido y rodeado de su séquito.

Entra este en escena y manifiesta que viene á dar las gracias á Pururavas en nombre del dios Indra, por el inestimable servicio que le há prestado previniendo sus deseos, pues ya él estaba dando órdenes para la liberación de las dos Apsaras, y añade que Indra le verá con gusto en el cielo, cuyas puertas le há abierto tan heroica y señalada acción. Pururavas se excusa con modestia y las Apsaras se disponen á partir.

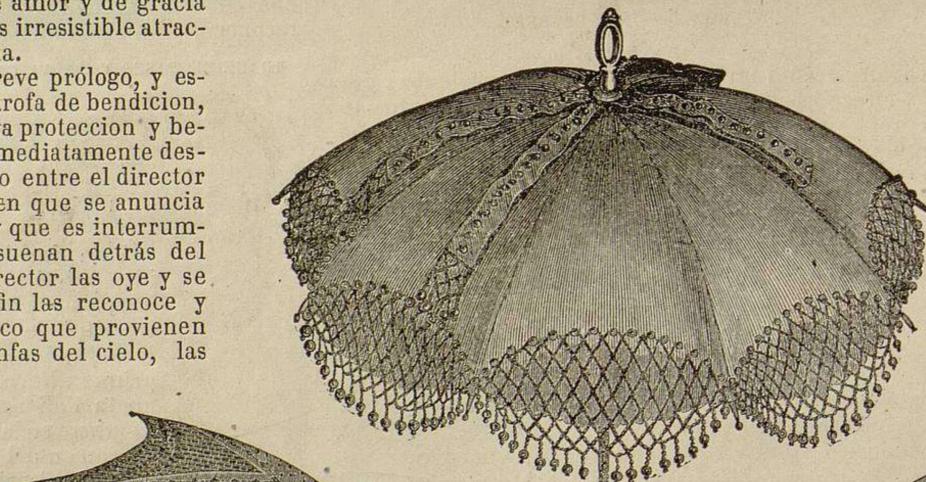
He aquí algunas frases de esta escena con la cual termina el acto primero.

Urvasi (aparte á Tchitralekha): Tierna amiga, habla tú por mí, mis labios se niegan á decir adios á mi protector... háblale en mi nombre.

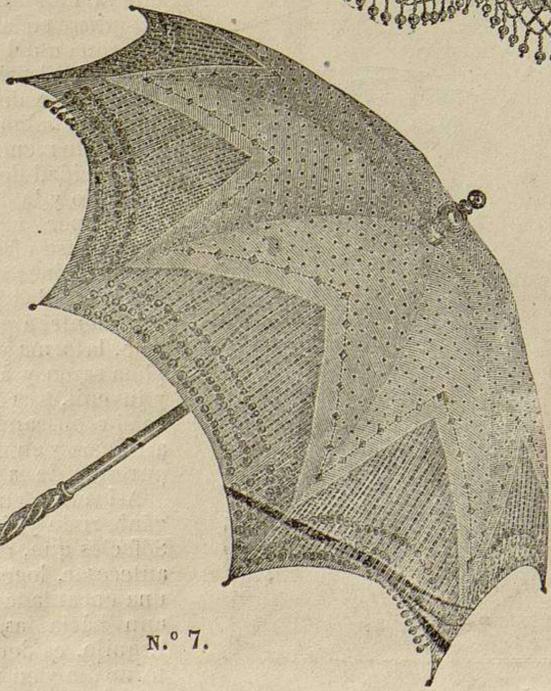
Tchitralekha (á Pururavas). Generoso príncipe, antes de volver al cielo mi amiga me encarga de decirnos que lleva consigo y que desea conservar para siempre preciosamente el recuerdo de vuestra gloria.

Pururavas: Adios! espero que pronto nos hemos de volver á ver.

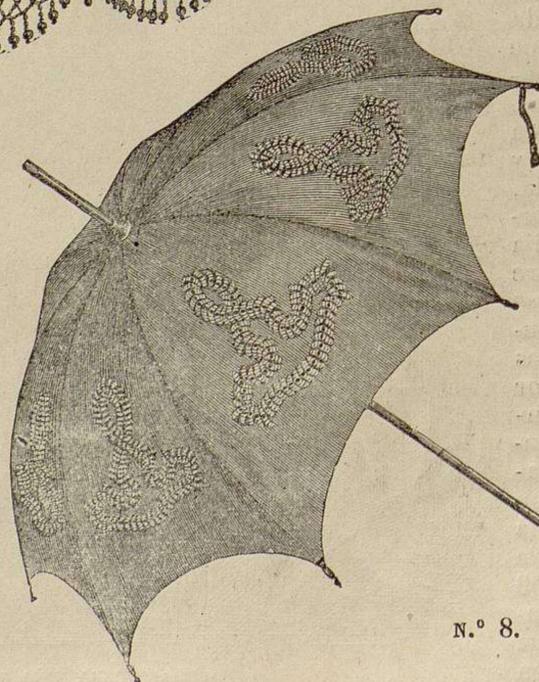
(Los Gandarvas y las



N.º 6.



N.º 7.



N.º 8.

Apsaras montan en sus carros. Urvasi queda retrasada).

Urvasi. ¡Un instante!... (á Tchitralekha) mi guirnalda se há enredado entre las ramas de esta liana: mi querida Tchitralekha, ayúdame á libertarme.

Tchitralekha (con intencion). Me parece que la tarea no há de ser muy fácil. Estás demasiado cautiva para esperar una libertad pronta; pero, en fin, cuenta con mi amistad.

Urvasi. Gracias, gracias, sé fiel á tu promesa.

(Tchitralekha procura desenredar la guirnalda).

Pururavas. ¡Gracias mil veces, amable planta que me permites contemplar todavía aunque imperfectamente y por breves instantes esos hechizos que en parte están ya ocultos para mí!

El escudero. Venid, príncipe, partamos. Vuestros enemigos los Detjias hán sido precipitados en los abismos del océano, como justo castigo de su rebelion contra el rey de los cielos. Ahora! que vuestra flecha cuyo contacto es mortal, repose en su carcax á semejanza de la serpiente escondida en su tenebroso retiro. (Montan en el carro).

Pururavas. Bien, partamos.

Urvasi (aparte) ¡Ah! ¡cuándo volveré á ver á mi generoso libertador!

Las breves frases que dejamos transcritas darán una idea de la sobriedad, del tacto, de la delicadeza y del buen gusto que se advierten en los dramas de Kalidasa. ¡Qué toques tan sencillos y tan expresivos al mismo tiempo!

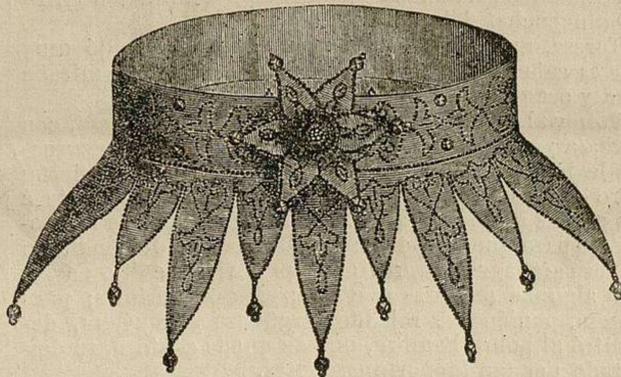
El segundo acto tiene lugar en los jardines del palacio de Pururavas y se abre por un corto monólogo de un nuevo personaje llamado Manava, personaje que representa el papel de Vidonchaka ó bufon. El carácter de estos Vidonchakas, constante en el teatro indio, como el del gracioso en nuestras antiguas comedias de capa y espada, es el de la simplicidad burlona, pero sin gran finura mezclada con la afición al bienestar material y á los goces del cuerpo, así es que los personajes de tal género, confidentes de sus señores y servidores fieles de estos parecen destinados á producir mediante esas cualidades agradable y risible contraste con los altos sentimientos y la idealidad de sus amos, siendo de notar que siempre se los pinta como pertenecientes á la casta sacerdotal de los brahmanes. Son en una palabra una especie de Sancho Panzas algo menos malicioso que el escudero de D. Quijoté y revestidos, por ejemplo, con el traje de legos de convento.

Manava, servidor y confidente de Pururavas, ofrece todas esas circunstancias y está, por consiguiente, enterado del amor del rey hácia Urvasi, cuyo secreto le arranca graciosamente en la segunda escena la doncella Nipumika perteneciente á la servidumbre de la reina y comisionada por esta para tal encargo á consecuencia de ciertas sospechas que abriga contra la fidelidad de Pururavas. Bueno es aquí advertir que aunque Pururavas está casado, sus amores con Urvasi no pueden chocar en el teatro indio por tolerarse en el país la pluralidad de mujeres, así es que tales intrigas se desenlazan siempre ingresando la nueva favorita en la familia.

Apenas se retira de la escena Nipumika, dueña ya del secreto, sale el Vetalika ó bardo encargado de anunciar las horas, indicando el mediodía y acto continuo aparece el rey que deja los negocios y viene á conversar con Manava. La escena que se verifica entre am-



VESTIDO PARA NIÑO DE 5 A 7 AÑOS.



CINTURON DE CINTA DE REPS.

bos es en extremo agradable, está escrita con talento y gracia y ofrece ese mencionado contraste entre el entusiasmo erótico del rey y los chistes y deseos de su confidente que piensa en dar una vuelta por la cocina mientras el enamorado se abandona á sus sueños y delirios.

En esto aparecen en los aires Urvasi y Tchitralekha las cuales están cubiertas con un vélo mágico que las hace invisibles al rey y á Manava, y la primera confiesa á la segunda, que viene movida por el amor á ver á Pururavas. Descienden ámbas, en efecto, al jardín continuando invisibles por medio del talisman, que pertenecía á Urvasi; y esta, escuchando la conversacion de Pururavas y Manavas conoce que su pasion es correspondida á la par que oye á su amante lamentarse de la indiferencia que supone en ella.

Entonces arranca una ancha hoja de una planta, es-

cribe en su tersa superficie algunos conceptos amorosos alusivos á la situacion, y deja caer la hoja al lado de Manava que la recoge y se la dá al rey, preguntándole en broma si será aquella una contestacion de su adorada.

Pururavas lee, llénase de gozo al adivinar que así es efectivamente y se entrega con placer á sus esperanzas y alegrías, aunque expresando el anhelo de ver en persona á la que supone autora del misterioso billete.

Entretanto Urvasi ruega á Tchitralekha que se haga visible la primera al rey y le cuente la verdad de todo, ruego á que su amiga se rinde inmediatamente. Cumplido ya el encargo, descúbrense á su vez Urvasi, recibiendo la enagenado el rey, saludala el fiel Manava y cuando el espectador aguarda el desenvolvimiento de una escena de amor el autor la evita con oportunidad haciendo acudir á un mensajero de los dioses que viene en busca de Urvasi y Tchitralekha y les anuncia que hacen falta en el palacio del rey de los aires para representar una pieza del maestro Bharata, á quien se venera en la India como inventor del arte dramático.

Las ninfas, obligadas á obedecer, se retiran al punto y mientras Pururavas se queja de su desgracia, advierte Manavas que há perdido la hoja donde estaban escritas las frases enamoradas de Urvasi y que el rey le dió á guardar, pronto se la pide este como consuelo, confiesa él que se le há extraviado y empiezan ámbos á buscarla saliéndose de la escena en esa operacion á tiempo que llega la reina Osinari acompañada de Nipumika y de otras damas de su servidumbre.

Como el lector puede sospechar, Nipumika tropieza al punto con la hoja perdida que entrega á la reina, la cual la lee confirmándose en sus temores. En esto vuelven Pururavas y su confidente siempre buscando el desaparecido tesoro y la reina se adelanta á entregársela á su marido, verificándose con tal motivo una escena de celos con que termina el acto segundo.

El teatro representa en la primera escena del acto tercero la ermita de Bharata, el celebre anacoreta autor dramático, inventor de este arte y favorito de los dioses, y una con-

versacion entre dos de sus discípulos enseña al espectador lo siguiente.

Urvasi y Tchitralekha habian sido llamadas al cielo para representar un drama de Bharata, titulado *el matrimonio de Lakmi*, en que el papel de esta se hallaba á cargo de Urvasi. Por desgracia la enamorada ninfa, abstraída en su propio pensamiento, sufrió una distraccion y al decirlo otro personaje: *confesadlo hácia quien se inclina vuestro corazon?* en lugar de responder: *hácia Pururavas* como debia hacerlo, se equivocó y respondió: *hácia Pururavas*.

Semejante error constituía una falta gravísima, así es que Bharata pronunció contra Urvasi una imprecacion terrible, pero el dios Indra quiso modificar el rigor de la sentencia y llamó á la doncella á su lado. Mira, la dijo, el mortal que tú amas há sido mi amigo en el tiempo del peligro, me há secundado felizmente en mi lucha contra los enemigos de los dioses y le debo algun reconocimiento. Abandona, pues, mi corte, pero puedes

pasar el tiempo de tu destierro junto al monarca que amas. El plazo de tu destierro cesará cuando él llegue á ver al hijo que tú le des.

Referido esto cambia la decoracion y el teatro representa una parte de los jardines del palacio de Pururavas. El Cantchuki ó chambelan de la Reina, anuncia que esta le envía á su esposo para de-



PALETOT DE FRANELA ENCARNADA.



PALETOT BRETON.

circle que olvidando todo resentimiento desea presentarle sus homenajes y ser honrada con su presencia al cumplir un voto en el terrado del pabellon de las piedras preciosas en el momento de llegar la luna á la constelacion Rohini.

Al acabar su relacion entra Pururavas acompañado de su inseparable Manava y seguido de mujeres con antorchas, pues los reyes indios no eran servidos por hombres. Cumple entonces el Cantchuki su encargo y Pururavas y Manava suben las gradas del terrado (visible para el espectador) donde conversan un rato manifestando ámbos que en su opinion la reina aspira á una reconciliacion y desea borrar las duras palabras que se le escaparon anteriormente de impulsos de los celos. Despide despues el rey su acompañamiento y la conversacion continúa á la luz de la luna aunque girando ya sobre los amores con Urvasi. Esta aparece entretanto en los aires conducida en un carro celeste, vestida con un traje de púrpura y adornos de perlas y acompañada por su amiga Tchitralekha.

Ambas ninfas vienen hablando sobre el mismo asunto que Pururavas y Manava y en uno y otro grupo oye el público expresiones semejantes de amor y dudas. Pronto dejan, sin embargo, el carro y al ir ya Urvasi, (invisible con su talisman) á hablar y á presentarse á Pururavas, aparece la reina vestida de blanco, coronada de flores y seguida de sus servidoras que llevan las ofrendas. Urvasi y Tchitralekha se apartan á un lado y en seguida tiene lugar la ceremonia religiosa ú oblation de frutos, perfumes y otros objetos, terminada la cual sin haberse interrumpido el diálogo y las observaciones de las diferentes personas allí reunidas, la reina presenta sus homenajes al rey y dirigiéndose á la luna: ¡monarca resplandeciente que reinas sobre la noche, señor que llevas tu bandera adornada de un antilope y tú su esposa favorita ¡oh Rohini! (4) escuchadme y sed testigos de la promesa sagrada que hago en este momento á mi esposo. ¡Cualquiera que sea la ninfa que atrae las miradas de mi señor y comparte con él la cadena de un mútuo cariño, yo juro no tener en adelante mas que pensamientos de dulzura y de complacencia!

JUAN ALONSO Y EGUILAZ.

(Se concluirá.)

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

—Bueno, bueno!... esto va bien, exclamó Blondeel que entraba con Romys en el salon. Venid, Ernesto; ya tendreis tiempo de manifestar á mi hermana vuestro reconocimiento; tomad vuestro sombrero, amigo mio, y pensad que Herminia no sabe nada y que está sufriendo. Pronto, vamos pronto.

Ernesto obedeció; y al salir iba diciendo todavía con profundo enternecimiento:

—Gracias!... buena Maria!... gracias; mil gracias.

Media hora despues Ernesto volaba sobre las alas del vapor hácia Darlingen para ir á llevar á su amada prometida la dichosa nueva.

VII.

Darlingen no estaba tan solitario ni tan tranquilo como de costumbre; sin duda habia sucedido alguna cosa de particular aquella mañana.

Delante del ayuntamiento se paseaba una multitud de gente y se veían afluir de las largas calles nuevos curiosos.

Habrian llevado el cadáver de un ahogado? ¿Se habia cogido algun ladrón célebre, y le tenían en la oficina de policía?

Las mujeres y las muchachas, delante de la puerta del ayuntamiento, hablaban en alta voz y reían sin cesar; lo que demostraba que lo que sucedia ó lo que iba á suceder no podia ser muy triste. Mas lejos, en la plaza, se veían acá y allá, señoras y señoritas de mas alto rango, queriendo hacer creer que no se hallaban allí por curiosidad como la gente baja; sino como por casualidad y paseando.

Uno de estos pequeños grupos se componia de una anciana de rasgos masculinos y voz gruesa y retumbante y otra señora con dos hijas que, sin duda, por costumbre hablaban muy bajo, pues no habia nadie al rededor de ellas que pudieran oirlas.

—Sin duda es un rico nuevo; notó con desprecio profundo una de las señoritas.

La vieja, con un gesto anguloso, se llevó el pulgar á su único diente y respondió:

—Rico nuevo?... señorita Loots; no tiene nada de eso; y Romys no da dote á su hija; ¿de qué, pues, vivirán?

—Yo no le conozco; dijo la mas jóven de las señoras; pero si lo que se dice de su familia es verdad... ¿conoceis vos á su familia, madame Kwas?

—Vamos, vamos, madame Loots, no os hagais la ignorante; vos sabeis lo mismo que yo que no tiene familia ninguna, es un cualquiera.

—Pero se dice que su padre habia hecho malos negocios.

—Hoy es moda hacer bancarrota.

—Pobre Romys! murmuró madame Loots; ahora conozco su disgusto.

—Disgusto! yo le he felicitado ayer por el doble matrimonio de sus hijas, únicamente por oír lo que decia, y he tenido que ponerme fuera de su alcance porque queria morderme como un perro.

—Se dice que Teresa Romys está tambien muy enfadada.

—Y tiene razon; murmuró una de las señoritas. Si mi hermana deshonrase la familia con un matrimonio vergonzoso, me parece que me mataria el despecho.

—Se comprende fácilmente que á Teresa no le agrade, exclamó madame Kwas, ella que revienta de orgullo no queria casarse en el mismo dia que su hermana por no ver en su compañía á su nuevo cuñado, pero la han obligado su tío Blondeel y su padre.

—Entonces los veremos juntos entrar en el ayuntamiento?

—Eso no; Teresa y Pottewal se casan antes y una hora mas tarde Blondeel llegará de Schaerbeek con dos carruages y le tocará su turno á Herminia.

—¿Pero cómo os componeis para saberlo todo, madame Kwas?

—Y aun sé mas: despues del matrimonio Herminia se volverá con su tío á Schaerbeek donde se celebrará la boda á expensas suyas; así está decidido.

—Ella lo tiene merecido; dijo una de las señoritas; separarse así de la casa de sus padres...

—No es esa la razon; es por complacer á Teresa que sería capaz de insultar al esposo de su hermana, y tambien porque así le tiene mejor cuenta al avaro Romys.

—Pero los padres de Herminia no asistirán á su boda!... qué vergüenza para ella!...

—Eso está tambien arreglado; madame Romys va á Schaerbeek... ¿Oís el ruido de un carruaje? Ya la gente se arremolina hácia el ayuntamiento, vedlos ahí, vamos de prisa... ¿qué, no quereis venir?... pues yo voy á ver qué tal cara pone Teresa.

Dos carruages se detuvieron en este momento delante del ayuntamiento. Las mujeres y las muchachas se agolpaban por ver el traje de la novia. Hacia dos meses que solo se hablaba de estas bodas en la villa, y se elogiaba de antemano la riqueza del traje de Teresa.

Ella descendió del carruaje; llevaba un vestido de moiré azul oscuro, y un sombrero de raso blanco con plumas; alfiler y pendientes de diamantes y brazaletes de oro; todo rico y pesado aunque de bastante mal gusto. Sin embargo los diamantes brillaban á los ojos de los espectadores excitando murmullos de admiracion entre las muchachas del pueblo.

Teresa, notando la aprobacion general, levantó muy alta la cabeza, y arrojó sobre los asistentes una mirada seca y orgullosa.

Pottewal, su futuro esposo, iba vestido de negro, con corbata y guantes blancos; su rostro redondo y encarnado le hacia asemejarse á un aldeano en dia de fiesta; pero tenia el aire satisfecho y sonreía afablemente á las gentes que le miraban. Mientras se detenian un momento para que los parientes y los testigos descendiesen de los carruages se aproximó á su novia y le dijo en voz alta algunas palabras que él juzgó discretísimas; pero Teresa, poniéndose roja de vergüenza y de cólera, demostró al pobre hombre, que se quedo confuso, su desagrado por tan inoportunas frases.

Entraron en el ayuntamiento seguidos de la familia y los testigos; la escalera estaba llena de curiosos; algunos dirigian á Pottewal sinceros plácemes por su felicidad, otros reían y aventuraban festivas y picantes chanzonetas. Pottewal, creyendo deber responder, dijo á uno de sus amigos particulares;

—Sí, Juan; la escala está tirada; este es un hecho de la juventud...

Pero su prometida volvió la cabeza y le dirigió una mirada tan llena de reproches, que le cortó la palabra en los labios. El reconoció interiormente que iba á decir una necedad y le agradeció la advertencia.

Llegaron á la sala de los matrimonios y se colocaron delante de una mesa, detrás de la cual estaba sentado el burgo-maestre que comenzó á leer los artículos de la ley relativos al matrimonio.

A medida que su voz nasal dejaba caer una á una en los oídos de los concurrentes las palabras solemnes, Pottewal se iba conmoviendo visiblemente. Una lágrima brillaba en los ojos de madame Romys; únicamente Teresa parecia dueña de sí misma, fijando su fria mirada sobre el burgo-maestre, con tanta firmeza que el funcionario público turbado se puso á balbucear.

Pottewal se inclinó hácia Teresa y le dijo en voz baja:

—Teresa, querida mia; el momento solemne se aproxima; yo estoy profundamente conmovido y vos?

Ella le respondió con una sonrisa amarga y no dijo nada.

El burgo-maestre preguntó á cada uno de los desposados, si se tomaban por esposo y por esposa; la voz del novio al contestar estaba trémula y alterada; el sí que cayó de la boca de Teresa fué seco, breve y casi duro. En el momento de escribir su nombre en el acta matrimonial la mano de Pottewal tembló ligeramente; Teresa firma sin vacilar, con un solo rasgo de pluma.

Todo estaba concluido; se alejaban. El esposo dijo á su mujer con voz dulce y alegre:

—Teresa, mi querida esposa; ahora ya nos pertenecemos, el uno al otro, para toda la vida. ¿El corazón no ha palpitado en vuestro pecho al pronunciar la eterna promesa?

—Qué fastidioso estais!... dijo ella con aire de mal humor; tened prudencia que el público nos observa. Nosotros no somos ya ningunos niños, y no riáis así, recordad la elevada clase á que pertenecemos.

El pobre Pottewal, queria despertar la alegría en su mujer por medio de palabras halagüeñas, pero la última severa censura le desconcertó.

Fué sin reír y sin decir palabra hasta el carruaje.

Los caballos piafaban, chascaba el látigo y los recién casados desaparecian detrás del ángulo de la larga calle de la iglesia, cuando la multitud arremolinada delante del ayuntamiento, empezó á agitarse y á circular libremente; pero nadie dejó la plaza, hasta que media hora despues se notó que alguna cosa nueva llamaba la atencion general.

—Escuchad!... hélos aquí!... Los carruages en el camino de Bruselas. Van á buscar á la novia y estarán aquí al instante.

Poco despues se detenian delante del ayuntamiento. La multitud volvió á estrecharse, queriendo todo el mundo estar cerca, para ver á la novia que no conocian.

Del primer carruaje salió una jóven cuya aparicion hizo cesar todos los murmullos; el pudoroso encarnado que coloraba sus mejillas y sus grandes ojos azules radiantes de orgullo y de felicidad llamaron desde luego la atencion. Le parecia que el júbilo de su alma se comunicaba á los espectadores, pues sobre todos los rostros, sorprendió la misma sonrisa de admiracion y de simpatía. ¡Qué bella es!... y qué elegante!... decian. Una corona de blancas flores de azahar sujeta sus rubios rizos, llevando la cabeza cubierta con un blanco velo de encaje, que caía sobre sus hombros, pareciendo rodearla de una mística aureola. Su vestido era de raso blanco, cuyo brillo amenguaba una gasa de color de nieve.

Un largo murmullo se escapó de la multitud, la novia habia descendido del carruaje, y se la podía examinar de cerca; el novio, que hacia dos meses se hablaba tan mal en Darlingen, es un jóven elegante, de bello y simpático rostro, elevada talla, y un sello de nobleza y de talento sobre su ancha frente.

Un murmullo aprobador significó que se le hallaba digno de ser el esposo de la bella Herminia Romys. En este momento muchos de los circunstantes se reprochaban el haber vertido tanto veneno por el hombre que les inspiraba tanto respeto como simpatía.

Ernesto cambió una sola mirada con su prometida y enrojecieron de emocion sus rostros: esta mirada conmovió á los asistentes, pues si dos almas se comprenden con una mirada, tambien es dado descubrir por ella el sentimiento que se abriga en los corazones.

Mr. Blondeel miró á los circunstantes riéndose; estaba encarnado de alegría y se frotaba las manos como si hubiera querido decir: "yo he triunfado: ella será dichosa."

Los padres y los testigos llegaron, y se entró en la sala del ayuntamiento. Muchos conocidos dirigieron sus plácemes á Herminia, aumentando las rosas del pudor virginal que coloraba sus mejillas; pero sonreía dulcemente dando gracias con una mirada brillante á los amigos que encontraba á su paso.

Mr. Romys tenia el aire de mal humor, estaba como pesaroso y avergonzado de este matrimonio; su mujer por el contrario, tenia el rostro resplandeciente de alegría.

Los novios debian escuchar á su vez la lectura de la ley, y mientras la voz del burgo-maestre resonaba en medio de un silencio general, el pecho de Herminia se levantaba con fuerza sofocándola la emocion. Cuando oyó caer el sí solemne de la boca de su amado las lágrimas asomaron á sus ojos y apenas pudo responder á la pregunta del burgo-maestre... Su madre se vió obligada á ayudarla para firmar el pacto de amor, pues temblaba de emocion. Cuando todo estuvo concluido se arrojó al cuello de su madre y lloró con sollozos que salian del corazón.

Ernesto se aproximó. Ya Herminia era su esposa legítima, ningun poder de la tierra podía arrebatársela; ya le pertenecía la querida compañera de su vida.

La ofreció el brazo; él tambien estaba conmovido por su dicha y apenas podia hablar. Todos dejaron la sala, silenciosos, conmovidos y con los ojos bajos como si hubieran tenido algun pesar.

En la escalera Ernesto murmuró:

—Mi querida Herminia, ¡cómo tiemblos, cómo lloras!... Tambien mi corazón quiere salirse del pecho.

—Cállate Ernesto, mi querido amigo; déjame tomar aliento. Ah! yo sucumbo de felicidad!... Cuán bueno es Dios que nos hace tan felices!...

No pudo decir mas y su esposo se vió obligado á sostenerla para subir al carruaje. Los látigos chascaron de nuevo y los caballos dirigieron su veloz carrera hácia la iglesia, cuya torre se elevaba al extremo de la larga calle.

En un salon grande cuyas paredes estaban cubiertas de un papel verde oscuro, sucio y de un aspecto triste, unas veinte personas estaban sentadas al rededor de una mesa. Solo se oía el triqui traque de los cuchillos y de los tenedores, pues apenas en un momento de reposado á los dientes de los convidados se podia servir un nuevo plato; como todo el mundo comia, la conversacion estaba interrumpida. Mr. Pottewal y su mujer estaban sentados en el centro de la mesa; Romys se hallaba en frente de ellos, dirigiendo el servicio, vigilándolo todo y dando órdenes á los varios mozos que iban y venian, quedando despues detrás de él como estatuas.

Los otros personajes eran señores y señoras de edad, y sumamente serios. Ellos se llaman segun el orden con que estaban colocados en la mesa: Romys-Doover-Doover-Romys, Bollinex-Pottewal-Doover-Crulhast, Bollinex-Romys, Pottewal-Cortbeen-Romys-Crulhast-Cortbeen-Doover, Cortbeen-Pottewal-Romys-Romys, Pottewal-Pottewal, y así sucesivamente. Son todos próximos parientes.

(4) En la India, la luna es un dios á quien se mira como esposo de las veintisiete constelaciones que recorre sucesivamente.

tes enlazados unos con otros, contrariando casi á la naturaleza; segun demuestran sus nombres ellas aman la inmovilidad en las familias y en la sangre.

Romys vigila todo con cuidado; tan pronto como se apercebe de que el plato de uno de los convidados está vacío, grita en alta voz á los criados:

—Un poco de pavo para la señora: un poco de embutido para el señor. Vamos, vamos, es preciso comer, no me hagais creer que esto no os agrada. Todavía un poco, siquiera un pedacito por complacerme!...

Así, Romys, con sus incesantes instancias, obligaba á sus convidados á comer mas de lo que tenían ganas, aun cuando no les faltaba el apetito. Pero no era tan pródigo con el vino, apenas de vez en cuando y dejando pasar largos intervalos hacia pasar sobre los platos algunos vasos de licor excitante. Los convidados tenían que beber agua por sed y por necesidad.

Un señor dijo al oído de su vecina:

—El ha contratado con el dueño de *El Elefante Coronado* que dé la comida por un precio alzado; por eso quiere hacernos reventar á fuerza de obligarnos á comer; pero como el vino es de su bodega nos deja morir de sed el muy avaro.

La mayor parte de los convidados no tenían ya nada en sus platos, algunas ancianas solamente se quedaron las últimas; pero cuando hubieron concluido tambien, la conversacion se hizo general y empezó á animarse.

—A mí me gusta el pavo trufado; dijo un señor gordo cuyos ojos brillaban de glotonería.

—Si está bien preparado es un guiso saculento!... respondió una vieja apergaminada.

—Estos malditos dientes!... suspiró una segunda dama; yo no puedo masticar.

—Qué magnífico tiempo!... no es verdad? exclamó desde lejos uno que pretende pasar por ingenioso; no son los cuervos solos los que bostezan sobre los árboles, tambien yo casi no puedo respirar.

—Pronto tronará; pican mucho las moscas; dijo una señora.

—Las patatas volverán á tener la enfermedad; este calor no les hace provecho.

—Todas las legumbres son malas.

—La falta de agua es todavía lo peor; mi marido no quiere regar con el agua del pozo.

—Que las deje brotar antes de regarlas; esto llegará á hacerse costumbre.

—Pues mi marido no quiere afeitarse con agua del pozo; dijo otra.

—Sí, que se deje crecer la barba; eso es ahora moda.

—No por Dios; estaria horrible.

—Ah! Ah! Mr. Cortbeen con barba: yo daría diez francos por verle.

Así los alegres convidados pasaban el rato saltando de un objeto á otro y en conversaciones dignas de ellos.

Teresa comía poco, tenía erguida la cabeza y mostraba un rostro impasible y serio. A cada instante la dirigian la palabra y sobre todo un viejo que estaba sentado junto á ella, y que se esforzaba con chanzonetas alusivas al nuevo estado en atraer una sonrisa sobre sus labios; pero ella se callaba y no quería reír como si hubiera estado disgustada.

Pottewal se volvió hácia su mujer y habló de la dicha que les esperaba, de su casa, y de los buenos caballos que habia comprado para ella; pero lejos de complacerla le reñía porque reía muy alto y á la menor cosa que decían. El pobre bonachon se imaginaba que su mujer estaba todavía conmovida por la solemnidad del dia y excusaba su distraccion.

En efecto, ella se habia mostrado tan amable, tan afectuosa con él durante los dos meses que habian durado sus relaciones, que no podia imaginarse que el matrimonio la hubiera cambiado tanto.

Los postres estaban servidos y los criados presentaban á los convidados una copa de espumoso champagne. El anciano que estaba sentado junto á la recién casada tomó una botella llena de manó de uno de los criados y la colocó delante de él en la mesa y dijo al oído de Pottewal que para estar alegre como él en semejante dia, era preciso beber algunos vasos de champagne.

Romys notó el asalto que daban á su bodega y nada dijo aunque se le vió gruñir en voz baja, porque aquel señor era un personaje importante de la familia.

Pottewal bebió en poco tiempo cuatro ó cinco copas de champagne, y comenzó á ponerse encarnado y con los ojos resplandecientes. Teresa le miró indignada poniéndose encarnada de cólera.

Romys, no pudiendo tolerar mas su descontento, dió en alta voz la orden para que preparasen los carruages. Teresa se levantó y se despidió de sus parientes con algunas palabras frias. Pottewal, al abrazar á sus tíos sintió rodar una lágrima por su megilla.

Cada uno deseó á los esposos un dichoso viage y muchas felicidades; poco despues se retiraban del salon para cambiar de trage y prepararse para un corto viage de placer.

Mr. Blondeel habia hecho desaparecer el tabique de madera que dividia sus dos salones, formando de ellos uno solo espacioso, y alumbrado por un gran número de ventanas adornadas con flores odoríferas.

Al rededor de una larga mesa habia como unos cuarenta convidados; todos eran conocimientos de Blondeel, de su hermana y amigos de Ernesto Decock, y algunas amigas que Herminia habia conocido cuando vivia en Schaerbeek y que no habia dejado de amar. Al lado de cada persona de edad se hallaba una jóven, y cada anciana tenía á su lado un jóven. ¡Dichosa mezcla de edades que atemperaba el fuego de la juventud, y que vertían en los corazones de la ancianidad una nueva ju-

ventud y una nueva vida! Se veían por do quiera juveniles cabezas coronadas de flores, ojos en los que brillaba la inteligencia y labios en los cuales la sonrisa dulce y alegre parecia estereotipada para siempre; tal era el encantador golpe de vista que ofrecia esta reunion de amigos.

La fiesta duró mucho tiempo; los postres estaban servidos y el salon empezaba á llenarse del confuso ruido de las animadas conversaciones, de las ingeniosas bromas y de los plácemes mas lisongeros, que se escuchaban en todos los puntos del salon. Se reía, se cantaba, y se hubiera creído que habia mas de cien personas. El vino no se escaseaba y á cada instante un jóven levantaba su vaso y brindaba en términos llenos de pasion en honor de los recién casados. Se batian palmas, se hacían chocar los vasos, y el salon retemblaba al ruido de los aplausos. Herminia, la bella desposada, estaba sentada en el centro de la mesa, al lado del hombre que era el objeto de su amor y de su orgullo. La expresion de su rostro era extraordinaria; se dejaba llevar de sus dulces pensamientos y no sabia ciertamente lo que pasaba al rededor de ella; pero sus ojos húmedos brillaban y su rostro estaba iluminado por una alegría inmensa. Cuando levantaba la mirada hácia su marido, temblaba visiblemente de respeto y de amor.

Dichosa niña!... su sueño estaba realizado, y apenas podia creerlo; la alegría y las sinceras felicitaciones de los amigos la conmovieron profundamente haciéndola casi perder el juicio. Ernesto no estaba menos conmovido; una dulce sonrisa brillaba sobre su rostro, y su corazón estaba tan oprimido que no podia casi hablar. "Herminia, mi encantadora, mi querida Herminia!" esto es todo lo que él murmuraba, mientras que ella le apretaba tiernamente la mano.

Madame Romys estaba sentada al lado de su hija.

La buena madre!... era quizá la mas dichosa de todos los convidados. ¡Cómo transforma la alegría! Madame Romys habia rejuvenecido veinte años; sus megillas, antes pálidas, estaban sonrosadas; sus ojos brillaban y su pecho se levantaba con una fuerza juvenil. Ella conversaba con placer y se habia vuelto la amable, la graciosa Julia Blondeel de otras veces.

Blondeel y su hermana María estaban en frente de los jóvenes esposos. Ellos celebraban su triunfo paseando su mirada con gozosa fiereza al rededor de la sala, excitando á cada uno á la alegría y al placer. Mr. Juan se frotaba las manos y se golpeaba en el vientre diciendo en voz baja á su hermana con profundo enternecimiento:

—Oh! mi querida María; qué bello dia este! no es verdad? Yo siento que me hace mucho bien y esta boda me da diez años mas de vida. ¡Habrán sido mas dichosos en el paraíso terrenal, que lo somos nosotros ahora? Ved: Herminia resplandece de dicha!... y ese pobre Ernesto, es mucho que no pierda el juicio!...

Un bello jóven, de cabellos negros y ojos expresivos, se levantó para cantar una cancion en honor de los recién casados. Es un abogado y poeta, amigo íntimo de Ernesto; el ruido cesó de repente y todos escucharon.

Con una voz trémula, llena de sentimiento y de expresion, él cantó unas coplillas sobre un aire conocido.

El estrivillo fué repetido por todos los convidados entusiasmados; los aplausos y los gritos hicieron retemblar la casa.

Mr. Decock, muy enternecido, se levantó apresuradamente; corrió hácia su amigo el abogado poeta, y abriendo los brazos le estrechó contra su corazón, reconocido por las bellas y nobles palabras que acababa de pronunciar.

Ernesto volvió á su lugar; pero quedó de pié y levantó lentamente su vaso; estaba trémulo, se conocia que queria hablar, todos escuchaban y algunos dejaron sus sillas.

Mr. Decock quedó un instante silencioso, viéndosele hacer esfuerzos para dominar su emocion; al fin dijo con una voz alterada y cuyo acento conmovió todos los corazones;

—Amigos míos; yo no tomara la palabra, porque hay momentos en que el exceso de la dicha paraliza el espíritu, pero mi alma tiene necesidad de expansion porque el sentimiento se desborda de ella. Llenad los vasos, queridos amigos, y bebed conmigo en honor de mis bienhechores, de los dos nobles corazones que Dios ha dotado con un puro rayo de su bondad celeste. Yo era un huérfano sin familia, solo y abandonado sobre la tierra, condenado al pesar, á la miseria quizá; pero dos ángeles extendieron las alas de su amor sobre el pobre huérfano de su desgraciado amigo, y ellos le han amado, le han educado y mantenido, y le han dejado hacerse hombre á la sombra de sus tiernos cuidados; ellos me han dado una carrera y me han hecho olvidar que yo estaba sin padres sobre la tierra. ¡Almas admirables cuya ternura no conoce límites!... No era esto solo, ellos habian decidido que su hijo adoptivo debia ser dichoso sobre los dichosos de la tierra; y mientras se aplicaba en Inglaterra para ser un hombre útil, ellos, cuya imagen estaba grabada en mi alma, trabajaban con un valor inexplicable por hacer una verdad del atrevido sueño del pobre huérfano. Todo esto que veis aquí, amigos míos, todo este júbilo, toda esta dicha, toda una vida de felicidad es obra suya... ¡oh! Mr. Blondeel, oh! M.^{ta} María!... ¡que no pueda yo hallar palabras para explicar mi reconocimiento infinito y sin límites como vuestra bondad!... ¡Mi mujer, mi dulce Herminia, no es un don de vuestro amor?... Ah! mis hijos, cuando ellos balbuceen su primer rezo, sabrán lo que habeis hecho por su padre, y la gratitud hácia los bienhechores del pobre huérfano será la herencia de mis hijos. Mas esto no basta para pagar mi deuda inmensa hácia vosotros ¿no es esto? Para pagaros yo debo hacer

á vuestra buena Herminia dichosa; deber querido, misión fácil!... nobles bienhechores; que Dios os conceda una larga vida, y si veis un solo dia que yo no aparte hasta la sombra del menor pesar del ángel que me habeis confiado, llamadme indigno, ingrato y cobarde... pero no... no; Herminia será dichosa!...

Ernesto se olvidó de beber á la salud de Blondeel y de su hermana, dejándose caer sobre una silla desvanecido de emocion. Su mujer, ocultó su rostro contra su pecho y todos los convidados vertieron lágrimas. Un silencio expresivo reinaba en la sala, oyéndose apenas acá y allá el ruido de suspiros ó de sollozos.

Sin embargo, poco despues, las voces comenzaron de nuevo á elevarse; algunos jóvenes rompieron el silencio con alegres y delicadas chanzonetas, y con gozosas interpelaciones. El júbilo tomó cuerpo bien pronto y un murmullo confuso llenó de nuevo la sala del festin.

El dia comenzaba á declinar: los carruages se detenia delante de la puerta y el esposo y la esposa se levantaron. Habia llegado la hora de la separacion. Todas las amigas de Herminia fueron á abrazarla, y los amigos de Ernesto le estrecharon la mano; las gentes de la boda reían y lloraban á un mismo tiempo, mezclándose los gritos de alegría á los tiernos adioses y la casa se conmovió todavía una vez mientras que los jóvenes esposos dejaban el salon con su madre y sus bienhechores.

A poco se oyeron los chasquidos de los látigos y el trotar de los caballos. El bello, el dichoso viage de boda estaba comenzado.

Fin de la primera parte.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Se continuará.)

UN COLEGIO DE SEÑORITAS EN PROVINCIA.

(CONTINUACION.)

La tercera carta fué escrita por Blanca aquella mañana: estaba dirigida á Gaston. Héla aquí:

"Caballero:

"Acabo de saber en este instante por Enriqueta, ó mas bien, lo adivino, cuanto ha pasado ayer noche en el salon de vuestra madre.

"¡No era ya bastante haberme comprometido y os habeis propuesto acabar de perderme para siempre, declarándoos defensor mio de un modo tan intempestivo! ¡De la mujer de César, se ha dicho, no se debe sospechar siquiera! ¡Sabed que la hija de mi padre no quiere, no necesita ser defendida! ¡Quién os ha otorgado el derecho de defenderme? Vuestro loco amor, que no he autorizado nunca y el cual es cien veces mas funesto para mí de lo que lo sería todo vuestro odio. Lo único que ahora os falta es exponer una vida tan preciosa para vuestra familia, ó matar á un semejante vuestro, haciendo recaer sobre mí la responsabilidad de la sangre vertida. Sabedlo de una vez, caballero, yo no podré sobrevivir á tal desgracia.

"Si alguna persona tiene derecho á una reparacion, esa persona soy yo, yo únicamente, y la esperó de vuestro honor, de vuestra humanidad, de vuestro amor mismo! Se me ha causado bastante daño para que pueda creerme con derecho suficiente á exigir la; pero prefiero implorarla de rodillas, porque sé que sois bueno y generoso.

"No os batais; dejad esta ciudad hasta que me hayais olvidado, ó que yo misma haya partido, y, sobre todo, no pronuncieis jamás mi nombre. Esa es la reparacion que espera de vuestro honor la mujer á quien vuestro amor ha perdido.

Lunes, á las ocho de la mañana."

Aun bien no habia concluido Blanca de escribir esta carta, se le anunció que el señor de Courtel la esperaba en el salon. Bajó precipitadamente y se estremeció al ver el semblante alterado del padre de Gaston.

—Dónde está mi hijo, señorita? exclamó este corriendo á su encuentro.

—Es á mí á quien se dirige esa pregunta, caballero! respondió Blanca, herida en el corazón por las palabras del recaudador; ¿qué juicio habeis llegado á formar de Blanca Derby?

Y las lágrimas acudieron á los ojos de la pobre jóven.

—¡Perdonadme, señorita! ¡Estoy tan conmovido! Soy tan desgraciado!

—Ayer, en la iglesia, he vuelto á ver á vuestro hijo por la primera vez despues del fatal primero de Octubre, dijo Blanca con dignidad.

—Fatal, bien fatal seguramente, señorita, porque ese dia me cuesta, tal vez en este momento, la vida de mi hijo.

—Gaston! Pero, qué haceis aquí, caballero? Corred, corred pronto, interrumpió Blanca empujándole hácia la puerta.

Luego, como herida de una idea súbita:

—Esperadme dos segundos, añadió lanzándose á la escalera.

Casi en el mismo instante, volvió á aparecer con la carta que acababa de escribir.

—Llevalde esta carta, dijo, y ojalá que llegueis á tiempo. Quizás su contenido ejerza alguna influencia en su determinacion, porque ya sabreis que me ama.

Blanca pronunció estas últimas palabras con una noble franqueza, mientras que su pálido rostro se cubria del mas vivo rubor.

El padre de Gaston, sorprendido, intentó abrir la carta, pero Blanca, siguió empujándole hácia la puerta.

—No perdais un instante, exclamó; la leereis en vuestro

tro carruaje, corred, por Dios!

—Pero, adónde? preguntó el pobre padre lleno de angustia. No está en casa del teniente, ni en la del señor Dupont: ¿dónde he de buscarle, Dios mío!

Al decir estas palabras, una señora de la ciudad, que venia á visitar á su hija, se presentó en la puerta del colegio.

—Parece que el destino ha decidido que vea hoy á toda la familia, dijo aquella señora, saludando al señor de Courtel. Acabo de encontrar á vuestro hijo en la muralla del Oeste, en compañía de su inseparable el teniente de gendarmes, y espero además visitar á vuestra esposa esta tarde.

Pero el padre de Gaston no la oia ya; se habia precipitado dentro del carruaje gritando al cochero:

—Doscientos napoleones para tí, si llego á tiempo á la muralla del Oeste.

—¿Qué tiene ese caballero? preguntó la señora á Blanca, ¿á dónde va con ese aire tan agitado?

Y como Blanca parecia no haberla oido, se apresuró á salir para saber, á lo menos, la direccion que tomaba el carruaje. Respecto á aquella pobre jóven, apenas se vió sola, abandonándola la fuerza ficticia que hasta entonces la habia sostenido, tuvo que arrastrarse, apoyándose en la pared, para volverse al salon. Allí, se arrojó sobre la primera silla que encontró y ocultando su cabeza entre las manos, permaneció así largo tiempo, con la inmovilidad de una estatua. Una voz dulce que la llamaba por su nombre, le hizo abrir los ojos al fin. Pero, ¿cuál fué su sorpresa al ver delante de ella una mujer desconocida que le ofrecia sus brazos!

—Blanca, dijo esta mujer, que era jóven y bella, yo he causado involuntariamente vuestra desgracia y vengo á llorar con vos.

—Pero, quién sois? preguntó Blanca sorprendida.

—Vuestra mejor amiga, contestó la jóven, cuyos ojos estaban húmedos.

La pobre niña no preguntó mas y se arrojó sollozando sobre aquel corazon amigo que tan apropósito le enviaba la Providencia en el momento en que el suyo no podia contener ya las lágrimas y los suspiros que le ahogaban.

V.

UN HOMBRE DE COBAZON.

—Doscientos napoleones para tí, si llego á tiempo á la muralla del Oeste! habia dicho el señor de Courtel á su cochero.

Nada estimula tanto el ardor de los caballos como una promesa semejante hecha al que los dirige. Existe, como es sabido, una notable simpatía entre el hombre y el caballo, y de esa simpatía parece ser el látigo una especie de conductor eléctrico. De todos modos, en esta circunstancia, hombre y caballo cumplieron tan bien con su deber, que, cuando el carruaje llegó al ángulo que formaba la muralla del Oeste, el señor de Courtel vió á los testigos que cargaban las pistolas.

—Bendito sea Dios! exclamó, llego á tiempo!

Y mandando al cochero que parase, se lanzó fuera del carruaje.

Dirigióse en seguida al sustituto, que se hallaba un poco separado, y:

—Caballero, le dijo, amo á Gaston mas que á mi vida, pero su honor me es todavía mas querido que la suya; no creais, pues, que yo vengo aquí con el objeto de poner obstáculos, por medio de una escena sentimental. Si matais á mi hijo, su madre morirá sin duda alguna y hasta yo mismo moriré quizás. Sin embargo, Dios me perdone, pero no quiero salvar su vida á costa de su honor. Vengo aquí como mensajero de otra persona; me abstendré de dar consejo alguno, y desde luego suscribo á todo lo que determinen vuestros testigos y los suyos.

—Así lo haré yo tambien, caballero, respondió el sustituto saludando friamente.

El señor de Courtel se dirigió entonces á Gaston, que estaba en el otro extremo de la muralla.

—Leed esta carta, hijo mío, le dijo entregándole la de Blanca, y si vuestro amor os ha dejado en el corazon algun lugar para un sentimiento sagrado, pensad en vuestra pobre madre.

Gaston cogió la carta trémulo y se puso á leerla mientras que su padre hablaba en voz baja con sus dos mejores amigos, el señor Maestro y el teniente, que le servian de testigos. Estos llamaron por señas á los del sustituto, y conferenciaron con ellos. Entretanto, el señor de Courtel guardaba el mas profundo silencio. Cuando Gaston concluyó su lectura vino á unirse al grupo y alargando la mano en que tenia la carta:

—Leed, amigos míos, exclamó, y aconsejadme, porque me veo entre dos deshonras y no tengo valor para elegir.

—Hijo mío, murmuró dulcemente el señor de Courtel, pensad en vuestra madre!

—¿Y vos, mi bueno y querido padre, añadió el jóven enternecido, qué me aconsejais?

—Respetar la decision de vuestros amigos; el asunto es demasiado grave para mí y no me atrevo á fiarme de mi propio corazon.

—¿Qué decidan, pues!

—Amigo, mío, dijo el teniente, sabeis que os quiero bien y que estimo vuestro honor como el mio propio; pues bien, os aseguro, bajo mi palabra de oficial, que, puesto en vuestro lugar, no me batiria.

—Y qué hariais entonces? prorumpió Gaston sorprendido.

—Darle una satisfaccion á ese animal, que Dios condena!

—Una satisfaccion... á él! Estais loco?

—No, querido amigo; consultad al señor Dupont, y creo que os dirá lo mismo.

—Mi bueno y amado hijo, exclamó el profesor, os consta muy bien que os miro realmente como á un hijo, que es cuanto se puede decir, y no os aconsejaria jamás una bajeza. Preferiria mataros con mi mano misma. Conoceis tambien las ideas que tengo respecto del duelo; pues, ¿qué quereis, amigo mío? os aconsejo que deis la satisfaccion.

Gaston se puso pálido, porque su antiguo maestro le habia dicho cien veces: "El duelo es un asesinato con premeditacion, en el cual los testigos son cómplices. Haced cuanto sea posible por evitarlo; pero una vez ya en el campo no retrocedais jamás; porque es tal la fuerza de la opinion, que, apesar de las mejores razones del mundo, siempre se creeria que habiais tenido miedo en el momento critico."

Gaston estaba aterrado.

—Satisfaccion! repetia, disculpas á ese miserable! Una reparacion... á él!

—No es á él, interrumpió el viejo, sino á ella! A ella, que, como os lo dice en su carta, tiene derecho á exigirle!

—Dios mío! Dios mío! gritó el pobre jóven, no podré hacer eso nunca!

—Gaston, pensad en vuestra madre, dijo por la tercera vez el señor de Courtel; pensad en vuestro desdichado padre que os implora de rodillas!

Y quiso unir la accion á la palabra.

—Padre mío, qué haceis? exclamó el jóven estrechándole entre sus brazos.

Luego, volviéndose hácia sus testigos:

—Vamos señores, continuó tendiéndoles las manos; teniente, vos me dictareis la fórmula?

—Escuchad, voy á decíroslo, respondió el teniente.

—No! aquí no. Si me dejais cinco segundos de reflexion, todo será perdido. Marchemos!

Así que llegaron al terreno, Gaston se adelantó hácia su adversario trémulo y desconcertado, y al encontrarse á tres pasos de distancia de él, se detuvo.

—Pronto, le dijo al teniente.

—Caballero, empezó el teniente á media voz, mientras que Gaston repetia sus palabras con tono firme, y hasta algo altivo, mirando frente á frente á su enemigo, declaro, siguiendo el consejo de mis testigos, que siento mucho haber intervenido ayer noche en una conversacion que me era indiferente, tomando además, sin hallarme autorizado para ello, la defensa de una persona que no tenia necesidad alguna de ser defendida. Temiendo ofender de nuevo á esa persona, llevando mas lejos las cosas, he tomado la resolucio de no batirme y os ruego admitais esta buena y leal satisfaccion.

El sustituto saludó con mucha cortesía, sin pronunciar una sola palabra. Gaston le devolvió el saludo, luego, se volvió vivamente hácia su padre; pero aun bien no habia dado dos pasos, cuando cayó al suelo de repente, sin que sus amigos pudieran impedirlo.

—Hijo mío! Pobre hijo mío! me le ha muerto! exclamó el señor de Courtel precipitándose sobre él.

—No, se apresuró á decir un médico que habia acompañado al teniente y que era justamente el de la familia Courtel, es una congestion cerebral, producida por la violencia que el infeliz jóven se ha hecho al dar ese paso.

—Cuando yo decia que ese miserable ha muerto á mi hijo! gritaba el señor de Courtel fuera de sí.

—El caso no es tan desesperado, replicó el médico, pero es necesario hacerle inmediatamente una sangria.

Y sacando de su bolsillo todo lo preciso, procedió sin tardanza á la operacion. El sustituto se adelantó hácia el grupo, en el momento en que el doctor colocaba el vendaje, para interrogar á sus testigos, los cuales se habian apresurado á ofrecer sus servicios, ocupándose uno de ellos, que era precisamente un hermano de Estela, en sostener entre sus brazos al señor de Courtel medio desmayado.

—¿Qué es lo que ha sucedido? preguntó el sustituto en voz baja.

—Idos al diablo! exclamó el doctor que le oyó, y procurad que el pobre jóven no os vea en frente, si es que alguna vez vuelve á abrir los ojos.

—¿Cómo! Corre peligro su vida? preguntó aun el sustituto.

—Una cosa bastante parecida, dijo el médico con mal humor. Preferiria que le hubiéseis alojado una bala en cualquiera parte de su cuerpo... exceptuando el corazon y el cerebro, añadió despues de reflexionar un instante. Ah! señor mío, poneis á un hombre de honor en la dura necesidad de tener que daros una satisfaccion en público y... creereis acaso que eso es una cosa tan sencilla como una requisitoria.

En este momento, el padre de Gaston que volvia en sí, percibió al sustituto y desasiéndose de los brazos que le sostenian:

—Asesino de mi hijo! gritó, apártate de mi vista! Oh! Aun te atreves á desafiar al padre de tu víctima! Si te detienes aquí un minuto mas, te levanto la tapa de los sesos!

E intentó recoger una de las pistolas que habia en el suelo; pero el señor Dupont le detuvo el brazo.

—Caballero, dijo entonces el teniente dirigiéndose al sustituto, la paciencia humana tiene sus límites. Retiraos, pues os prevengo tambien por mi parte, que apenas la tendré por veinte segundos.

—Muy bien, señor mío; respondió el sustituto con altanería, me retiro porque respeto el dolor de un padre; por lo demás, me encontrareis siempre á vuestras órdenes.

—Y yo no estoy á las vuestras! exclamó el jóven teniente volviéndole las espaldas.

—Señor sustituto! señor sustituto! gritaron en este momento dos hombres que llegaban en opuestas direcciones, cada uno de ellos con una carta en la mano. Uno de estos hombres era el enviado del comisario de policia que le enseñaba la carta del presidente, y el otro su propio criado que le buscaba desde el amanecer para entregarle la de la bella viuda.

VI.

LAS ESPINAS DE LA CORONA MATERNAL.

Mientras que tenian lugar estos sucesos, la señora de Courtel esperaba en medio de mortales angustias la vuelta de su hijo y de su marido. La pobre mujer no se habia acostado; llevaba todavía el mismo traje que vestia el dia anterior y, de pié, delante de una ventana, permanecia con los ojos clavados en el extremo de la calle por donde debia llegar para ella la vida ó la muerte.

El señor de Courtel, al volver de su visita nocturna al presidente, encontrara á su desconsolada esposa en la habitacion que precedia á la de su hijo, y por la cual le era indispensable á este pasar para salir de casa. Despues de haberle dado cuenta del resultado de sus gestiones, le exigió que se retirase á descansar un momento.

—Podeis estar tranquila, la dijo, voy á traer un sillón y lo colocaré delante de esa puerta, de modo que si quiere salir, me encontrará atravesado en medio de su camino.

—Consiento en ello, habia respondido ella, pero no hagais ruido; creo que duerme, porque hace ya largo rato que no le oigo andar en su cuarto.

Y se dirigió muy despacio á su habitacion. Al entrar en esta, su primer cuidado fué el de abrir una ventana en frente de la cual se hallaba la de Gaston. Una luz brillante en el dormitorio del jóven, y la pobre madre, absorta en sus pensamientos, estuvo mucho tiempo apoyada en el balcon con los ojos fijos sobre aquel resplandor, como el marino sobre el faro que le indica en los horrores de una noche tempestuosa, el rincon de tierra donde le espera la que ama.

—Vela, se decia, porque ordinariamente no tiene luz de noche.

Era una noche del mes de Febrero y amanecia muy tarde; pero, por larga que sea una noche de invierno, al fin llega á acabarse. Cuando los primeros albores de la mañana aparecieron en el cielo, dos gritos de angustia, lanzados por el padre y la madre de Gaston, resonaron en la casa. El uno, inquieto por el silencio que reinaba en la habitacion de su hijo, y no pudiendo dominar por mas tiempo su inquietud, habia hecho saltar la puerta, cerrada por dentro, despues de haber llamado á ella inútilmente; la otra, viera á la luz del crepúsculo un par de sábanas que se balanceaban en la ventana del gabinete de su hijo, que daba á un patio interior.

El señor de Courtel corrió, él mismo, á enterarse en la portería de la hora á que habia salido Gaston.

—Una hora despues de que el señor salió en el cabrioleto, dijo el portero.

Entonces fué cuando el infeliz padre comenzó á practicar pesquisas por la ciudad. Primeramente se dirigió á casa del teniente de gendarmes. Pero este saliera hacia ya media hora y no se le pudo ó no se le quiso decir al señor de Courtel si le acompañaba Gaston. En seguida, fué á casa del señor maestro; allí supo que el viejo profesor, cuyos hábitos eran tan arreglados como los movimientos de un reloj, dejara su hogar dos horas antes que de costumbre; y, ya sabemos como, despues de su visita al colegio, concluyó por encontrar á su hijo en la muralla del Oeste.

Así que la madre de Gaston distinguió su coche, que venia al paso, un horrible presensimiento se apoderó de ella y se precipitó á la calle en el momento en que los caballos se detenian delante de la puerta.

(Se continuará.)

REMIGIO CAULA.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE FULARD BLANCO. Trage de encima de gasa de Chamberí blanca, guarnecida en su borde inferior con tres bullones, separados por una tira cortada al sesgo de tafetan rosa *claveteada* de cuentas blancas; tres tiras de tafetan rosa, cada una de 6 centímetros de ancho, figuran una túnica, y están dispuestas á ondas; sobre cada tira corre una fila de cuentas blancas y está cubierta á medias por un encage blanco de seda. En medio, por detrás, de cada tira va un gran lazo de cinta rosa. Coselete con tirantes de tafetan rosa, adornado con cuentas. Corpiño de muselina blanca plegada.

ZAGALEJO DE FULARD VIOLETA, con cinco rulós de tafetan gris, *claveteados* de cuentas blancas de cristal. Trage de sultana gris muy claro, á puntas redondas, orlada por un ruló de tafetan gris *claveteado* de cristal. En el lado izquierdo van separados los paños y se atan formando un nudo sencillo. Corpiño montano igual al trage, con mangas largas, figurando en todo su largo y en el borde superior de la sisa las mismas puntas redondas, así como se ven de estas, mas pequeñas, en el escote.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco. Bomba, n. 1.